

La muerte

Lic. Psic. Martha Susana Sotelo Ortiz

“Cómo un pétalo que cae bajo el sol de la mañana y flota serenamente sobre la tierra, así deben prepararse los sabios para la muerte: en silencio y sin inmutarse”. Así rezaba el consejo intemporal impartido a los samuráis, los célebres guerreros espirituales del antiguo Japón. Preparados para morir en cualquier momento, aquellos intrépidos espadachines, poetas y artistas, escogieron la delicada flor del cerezo como símbolo de su linaje. Su iluminada concepción del significado de la muerte no era morbosa ni fatalista. Despertaba en ellos una gran sensibilidad, extraordinarias dotes de percepción y un valor insuperable.

En casi todas las culturas, podemos encontrar vestigios de un espíritu similar, nacido de la contemplación serena de la muerte. Esta tradición se extiende desde las primeras civilizaciones conocidas de Asia hasta las de los primeros pobladores del hemisferio occidental. En la actualidad, vemos cómo gana fuerza un movimiento en pro de la muerte consciente, que pretende acabar con el tabú social de la muerte y propicia los “entierros ecológicos”.

Un profundo misterio

Suele decirse que la gente, sobre todo en las naciones industrializadas, ha perdido el contacto con la muerte, que se ha convertido en competencia casi exclusiva de los profesionales de la salud y de la industria funeraria. Este cambio ha modificado nuestra concepción de la muerte. Pero no siempre fue así.

Hace cuatro o cinco generaciones la muerte era diferente. La mayoría de las personas moría en casa. El cuidado de los moribundos y las disposiciones para su entierro era responsabilidad de los familiares directos. Más allá del círculo familiar, la comunidad entera podía participar en los ritos funerarios y en el duelo. La muerte no era una extraña; la mortalidad infantil y la baja esperanza de vida hacían que el encuentro con la muerte fuera más frecuente e inevitable. Como dice el historiador social Philippe Aries: “Ahora todo sigue su curso como si nadie muriera”.

Sin embargo, la conciencia de la presencia constante de la muerte formaba parte de la antigua tradición cristiana. En las grandes catedrales de Europa, las tumbas de los poderosos estaban decoradas con recordatorios gráficos de la realidad de la muerte. En la Edad Media, el mundo cristiano tenía su propio “libro de los muertos”, el *Ars Moriendi* o “Arte de Morir”.

Religiosos y filósofos meditaban sobre la muerte, a menudo con un cráneo conservado como *memento mori* (recordatorio de la muerte).

En un célebre libro inglés del siglo XVII, *Norma y ejercicios para bien morir*, el autor, capellán del rey Carlos I, insistía en que los sabios revisaran sus vidas diariamente a la luz

de la muerte, añadiendo que, “morir bien es un arte que todo hombre debe aprender mientras goza de buena salud”.

Aquéllos que hoy cuestionan a la moderna industria de la muerte han regresado a estas raíces históricas. En ellas han encontrado la inspiración para lo que se ha convertido en el “Movimiento por una Muerte Natural”.

“Civilizar la muerte, llevarla al hogar y evitar que siga siendo una fuente de temor es uno de los grandes desafíos de nuestra era”: así reza el manifiesto del Centro de la Muerte Natural, fundado en Londres en 1991. “Poco a poco, la muerte volverá a ocupar el lugar que le corresponde en la vida; ya no será una fuente de terror, sino un misterio tan profundo que el hombre sentirá tan pocos deseos de engañarse sobre ella como de engañarse sobre la vida”.